

La paz y la convivencia buscan su argumento en la Psicología y las Ciencias Humanas

Resumen

La presente reflexión aborda teóricamente el problema de la paz y la violencia en la búsqueda de los fundamentos que desde diversos autores y perspectivas, puedan darle soporte a la esperanza de una convivencia más armónica entre los hombres. Desde Lorenz, Freud, Fromm quienes defienden la dualidad del ser humano -agresión y convivencia-, pasando por los teóricos del conductismo, se llega a los conceptos de cocreación en Jantschy González y la posición de Maturana y los humanistas que desdibujan el marco utópico de la paz, el respeto por la diferencia y la no violencia.

Luis González López
Profesor Facultad de Psicología
Universidad de Manizales
Profesor Asociado
Departamento de Desarrollo Humano
Universidad de Caldas

La paz, la convivencia social, la tolerancia, el respeto por la diferencia y la no violencia, son expresiones sinónimas de un anhelo humano que muchos han calificado de utopía.

Resulta apenas comprensible que se emplee el término utopía y se llame románticos a aquellos que insisten en encontrar caminos viables para la convivencia cuando tenemos guerras detrás de nosotros, vivimos una guerra no declarada en el presente en nuestra patria y múltiples conflictos bélicos en Europa y en distintas regiones del planeta. En una esfera más próxima encontramos, si no la muerte física, sí la aniquilación simbólica del otro como la mejor forma de resolver los conflictos y las diferencias cotidianas. Esto es común en las parejas y en las familias, al interior de las instituciones y en la calle, y es una práctica social que no excluye edades, estratos socioeconómicos, partidos políticos, niveles de formación académica, ni corporaciones públicas o gubernamentales.

La dualidad del ser humano: Agresividad y convivencia.

Son muchos los que han invertido su capacidad científica para explorar la agresividad y la violencia humana y han generado teorías de amplio reconocimiento, pero al mismo tiempo han mostrado una visión tristemente desesperanzadora. Konrad Lorenz (1) afirma que la agresión la produce en forma continua y espontánea el hombre en su cerebro, y que es herencia de nuestros antepasados animales y su monto va aumentando sin cesar si no se le abre la válvula de salida. Si se le da una oportunidad, se proyecta al exterior, pero si las oportunidades son muy escasas o no existen, la agresión acumulada termina por producir un estallido. El hombre no puede dejar de cometer, después de un cierto tiempo, actos agresivos, porque en él se va acumulando la energía agresiva. Esta teoría la denominó Fromm, la teoría hidráulica; cuanto más aumenta la presión, tanto mayor es la probabilidad de que el agua o el vapor terminen estallando.

Otra de las teorías del instinto agresivo innato fue la de Freud quien consideraba que en cada ser humano coexisten dos instintos, el de vida y el de muerte. El impulso de muerte se expresa dirigiéndose hacia afuera y se manifiesta como destructividad, o hacia adentro, y entonces aparece como una fuerza autodestructiva, que lleva a la enfermedad, al suicidio, o mezclada con impulsos sexuales, al masoquismo. El instinto de muerte en la interpretación que Fromm hace de la teoría psicoanalítica es algo innato en el hombre; no está condicionado por las circunstancias, no hay nada que lo produzca, sino que al hombre sólo le cabe propiamente elegir

entre dirigir ese instinto de aniquilación y muerte contra sí mismo o contra otros. Y con esto debe enfrentar una elección realmente trágica.

Erich Fromm (2) afirma que el ser humano es mucho más destructivo y cruel que el animal. El animal no es un sádico, no es hostil a la vida; considera igualmente que la historia humana es un documento de la inimaginable crueldad y la extraordinaria destructividad del hombre. La agresividad, asegura, es una posibilidad que reside en el ser humano, en todos nosotros, y que se manifiesta cuando uno no se ha desarrollado de una manera más adaptada y madura.

A pesar de la dureza de las afirmaciones de Fromm, su conclusión es menos taxativa en cuanto presenta la agresividad humana como posibilidad y condiciona su expresión a la falta de desarrollo y madurez de la persona.

Al examen conductista sobre la agresividad y la violencia los seguidores de Watson, Skinner y Bandura muestran estos fenómenos como conductas aprendidas. Sin embargo, a pesar de encontrar en esta corriente psicológica la reversibilidad del aprendizaje que abre la posibilidad de extinguir o desaprender estas conductas humanas, queda en la reflexión el desencanto de lo mecánico, de la dependencia de un ambiente en el que todo lo determina el juego al azar de la relación estímulo-respuesta o la voluntad de un moldeador que condiciona desde el exterior al ser humano.

Una mirada desde la sociología

La búsqueda del argumento, desde otros campos, nos lleva a trascender la visión psicológica y explorar en la sociología, la naturaleza del hombre como posibilidad para la paz y la convivencia. Clark (3) afirma que el hombre está en sí mismo escindido; es a la vez un animal de presa y un ser humano sensible, moral, con aspiraciones éticas. El hombre animal es primitivo, bárbaro y egocéntrico. Sin embargo, la evolución del cerebro humano hizo posible y exigió el pensamiento y la introspección, el surgimiento de la conciencia de responsabilidad ante los demás y la evolución de la normatividad social. El hombre observó la prolongada dependencia de niño pequeño, la del lisiado, el enfermo, el anciano, el débil, respecto a la benevolencia y la empatía del fuerte. Una vez que el hombre comenzó a pensar y sentir, ya no le fue posible rechazar al débil. El resultado fue la sensibilidad, la responsabilidad y la confusión moral; y también lo fueron la inquietud, la duda y un profundo sentimiento de inseguridad. La situación humana comprende todo esto. La necesidad de identidad y de unidad

Con la tribu, agrega el autor mencionado, y la empatía entre todos los hombres, están en conflicto con los simples imperativos biológicos. La demanda de unidad humana y de identificación universal compite con la demanda de supervivencia personal y la desunión. La tensión entre ellas socava las energías de los individuos y provoca desequilibrios entre los grupos humanos y en el interior de cada uno. Desunión, violencia, injusticia, crueldad, habrán entonces de comprenderse, si es que se ha de llegar a una unidad adaptativa. Angustia, conflictos e incompatibilidades, irracionalidades, fragilidades y aspiraciones reflejan el atolladero humano. Considera, igualmente este sociólogo, que los grupos humanos que buscan la solución a sus conflictos de forma primitiva y bestial no pueden sobrevivir. Las sociedades caníbales, dominadas por inmisericordes crueldades y sacrificios, por hostilidades y por la agresión, estuvieron y están condenadas. El cerebro humano, cada vez más complejo, indujo a buscar la moralidad social; la ética funcional tiene una base organísmica; es un imperativo biológico para el hombre. Nuestras futuras sociedades habrán de conseguir el triunfo en la lucha del espíritu humano en su búsqueda de libertad y de su plena realización o, de lo contrario, habrán de aprisionar, coaccionar y deshumanizar al hombre sobre diversas formas de monotonía e insensibilidad.

Esta mirada desde la sociología deja la sensación de estar frente a una paradoja: el que la capacidad del hombre para crear un ambiente reactivo a las necesidades humanas esté determinada por la amplitud con la cual le está permitido sentir, respetar y reaccionar a su propia humanidad y a la humanidad de los demás, sin impedimento, excusa ni rudeza. Se podría concluir entonces, que el progreso social auténtico llega cuando algunos seres humanos insisten en que el ambiente creado refleja el respeto a lo que es humano en el hombre.

Lorenz, Fromm, Freud, la psicología conductista y finalmente Clark, hasta este punto, centran su análisis en la dualidad del ser humano, su agresividad y la necesidad de unión y convivencia. Este recorrido, sin embargo, no nos aporta todavía un argumento

para la esperanza de trazar caminos viables para la paz y la convivencia. Es prácticamente imposible vencer la agresividad innata si tenemos ante nosotros lo genético; tampoco es fácil liberarse de los determinismos ambientales. El paradigma humanista de Maslow, Rogers y otros, de otro lado muestra una luz al final del túnel en la búsqueda de nuestro argumento cuando define al hombre como ser libre, autónomo y autor responsable; esta posición se ampliará en el transcurso de esta reflexión al lado del paradigma de Jantsch.

Paradigma del universo auto organizativo

A nivel ontológico y científico, en los últimos años ha emergido un novedoso paradigma denominado el paradigma del universo auto organizativo. Jantsch (4), su autor, supone que todo lo existente en el universo ha surgido por un proceso de evolución creativa en el cual la matriz fundamental de todo lo existente, la materia-energía en proceso de continua transformación organizativa, desemboca en el ser humano en la manifestación más elevada de materia-energía organizada. Esta organización se da en términos de la capacidad de autor referencialidad que alcanza la vida, en la capacidad de autoconciencia que despliega el ser humano. Es decir, sólo el ser humano es capaz de darse cuenta que sabe y referirse a sí mismo como una entidad consciente del mundo y autoconsciente de sí mismo. Más aun, este paradigma supone que todas las estructuras de lo real están en continuo proceso de transformación, ya sea en la decadencia en trópica o en la capacidad autotransformadora negentrópica que tienen los sistemas vivientes. Este proceso asume rasgos sobresalientes que configuran una especie de salto cuántico en el ser humano. Este es capaz de saber que el proceso evolutivo no ha concluido, es decir, que la creación del cosmos está todavía en proceso y que el ser humano es un cocreador de su propio destino y del destino de los demás sistemas abiertos del universo.

La implicación de esta concepción para el ser humano es que en la medida en que la fuente de la causalidad de nuestras propias acciones está dentro de cada uno, somos irremediabilmente responsables por las consecuencias de ellas, es decir, somos seres morales.

El individuo está continuamente expuesto a la decisión, a cierto grado de libertad, esté o no restringido por las circunstancias o coacciones de los otros y del entorno. Las opciones que toma tienen que ver de manera directa con los aspectos centrales de la existencia. Así, decide entre la vida o la muerte, entre las diversas formas de relacionarse consigo mismo y con el mundo; decide respecto a la propia sexualidad, la procreación; entre seguir en el pasado y conformar un proyecto de vida de acuerdo a su perspectiva; entre ser un creador activo del sentido y significación de la existencia o, por el contrario, ser un receptor pasivo de un mundo que acepta según sea interpretado, vivido y manipulado por otros. Entre las diversas formas que encuentra para llevar a cabo sus opciones, escoge aquellas que más se adecúan a la naturaleza y características personales.

La libertad es, en resumen, uno de los rasgos más importantes de la existencia y, a partir de ella, la vida posee un carácter ético y moral. Al tener el ser humano la libertad de tomar sus decisiones, es a la vez responsable de éstas. No existiría responsabilidad si no se diera la elección entre varias posibilidades o alternativas junto con la evaluación.

Este ser humano cocreador de su propio destino y del destino de los demás seres vivientes del universo, propuesto en este paradigma, coincide con la teoría humanista de la Psicología cuyos exponentes . Maslow, Rogers, Perls y May, entre otros, presentan una visión esperanzadora, en la cual la libertad, la autonomía, conducen al hombre a una vida autorresponsable. Explican la violencia, la agresividad y el desencuentro como la negación del ser, del sí mismo de los seres humanos, como una consecuencia de las restricciones impuestas por la cultura, que impiden al hombre ser lo que realmente es. Como una negación de la libertad individual.

La perspectiva ecológica

La conceptualización del ser humano como cocreador, responsable y autorresponsable aparece con igual énfasis en la ecología : González(5) plantea que los seres humanos tenemos una tarea de cocreación. En conjunto con los demás seres y aprovechando las fuerzas ilimitadas de la naturaleza, puede y debe perfeccionarla: perfeccionar los ecosistemas, las relaciones de alimentación entre los seres vivos, la permanencia en la vida, las características propias de cada ser, la salud de los seres vivos, el aprovechamiento de las distintas formas de energía, el ahorro de esfuerzos, etc. La creación de la naturaleza, su evolución, no está terminada. Tal vez, al contrario, esté apenas iniciada, afirma González. El hombre tiene una responsabilidad de capital importancia en ella. Somos responsables del progreso, no sólo cultural sino vital, en el sentido más amplio del término.

Esta tarea de cocreación, para la ecología, tiene su máxima expresión en el medio social. Los individuos, los grupos, las instituciones tienen también su propio nicho ecológico. El equilibrio social resulta de la armonía entre los nichos. Cuando dicha armonía se pierde, surge el desequilibrio, se desmejora la calidad de vida e incluso puede quedar amenazada la supervivencia de algunos o de todos.

Con el fin de evitar los estragos del instinto animal, que sólo permitirá vivir a los más fuertes, el hombre ordena la vida social, con leyes o normas que todos deben observar. Mediante el derecho se garantiza la vida de todos, la posesión de los bienes necesarios para vivir y la solución pacífica de los conflictos. Mediante los principios morales se proponen valores que cultivan las actitudes propias de la racionalidad y a través de la política se regula la Lucha por el poder; inherente al gobierno de la sociedad.

El sometimiento de los individuos y los grupos a las leyes de interrelación dentro del sistema, al modo de cualquier ecosistema, expresa el autor mencionado, no condena a los seres humanos al determinismo exterior y a la causalidad unidireccional. Por el contrario, la libertad o autonomía de las personas queda garantizada sólo por la observación de las normas intrasistémicas y es directamente proporcional a ella, siempre que dichas normas se limiten a asegurar el equilibrio social.

En la práctica, afirma González, podemos evaluar el grado de equilibrio que se da en una sociedad, en relación con el grado de aceptación y cumplimiento de las normas de la convivencia. La violencia, la inseguridad, las desigualdades sociales y la miseria son el resultado del irrespeto a dichas normas. El nicho ecológico de muchos individuos y grupos introduce desequilibrios permanentes en el ecosistema global cuando se vuelven depredadores de sus mismos congéneres. Por eso, igual que en las poblaciones animales, la vida de muchas personas se encuentra amenazada y su libertad limitada. Cada uno debe vivir a la defensiva, con temor, protegiéndose continuamente para sobrevivir.

Una posición ontogenética desde la biología

La naturaleza humana, aun con su potencial cocreador, puede volverse contradictoria. Así como es dinamismo generador de orden y armonía, es también factor de desorden y desestabilización. A este respecto es importante tener en cuenta las consideraciones que, desde la biología, hace Humberto Maturana (6) para quien el origen de la humanidad no está centrado en la agresión. Afirma, por el contrario, que la historia de la humanidad se origina cuando lo humano surge con el vivir cotidiano en el lenguaje, en la conservación generación a generación del vivir en el conversar, en el aprendizaje de los niños. Piensa que cuando aparece el vivir en el lenguaje, surge un espacio psíquico en el cual el amor es la emoción fundamental que, ante la aceptación del otro como legítimo otro en la convivencia, hace posible la vida humana. La agresión y la violencia no son aspectos biológicos del vivir humano fundamental. Los seres humanos no pertenecemos a la biología de la violencia y la agresión, aunque seamos biológicamente capaces de vivir y cultivar la violencia.

Maturana define a los seres humanos desde el punto de vista zoológico, como seres relacionales, que existimos en relación. Lo humano se da en el modo de vivir, en un espacio relacional interpersonal, no en un espacio

Molecular. Argumenta que es la dinámica que involucra nuestra corporalidad de Homo Sapiens con nuestro modo de vivir humano, lo que genera nuestra humanidad. Esta racionalidad se sustenta en el lenguaje que define el espacio psíquico, el cual a su vez transforma estructural y fisiológicamente al hombre. Para vivir en la violencia o en la convivencia se requiere de la construcción de un lenguaje que define el espacio psíquico de las personas en el cual algo, un objeto o una circunstancia se convierte en un instrumento de agresión o de violencia, o un espacio psíquico que genera posibilidades de compartir o convivir.

El lenguaje surge y se transforma en contextos culturales específicos en los cuales se generan diversas formas de emociones. La violencia es un modo de convivir, un estilo relacional que surge y se estabiliza en un lenguaje que hace posible que las conductas violentas se vivan como algo natural.

Nuestra cultura está centrada en la dominación y el sometimiento, en las jerarquías, en la desconfianza y el control, en la lucha y en la competencia. Es una cultura generadora de violencia, afirma Maturana, porque vive en un espacio relacional inconsciente de la negación del otro; el niño aprende, sin darse cuenta a negar al otro y a no mirarse a sí mismo por el apego a sus costumbres. Concluye el autor que sí se quiere acabar con la violencia como modo de convivencia, es necesario abordar la cultura y comenzar a cambiarla. No es la biología lo que atrapa a los seres humanos en la violencia, aunque sea ella la que nos permita ser violentos; es la cultura, es el espacio psíquico de la cultura lo que da origen a la continua validación y justificación de la violencia en que niños y jóvenes crecen. A pesar de todo, las trampas culturales se pueden romper y es posible escapar de ellas mediante la reflexión y la conciencia que las disuelve.

Conclusión

Las posiciones encontradas en Jantsch, Maslow, Rogers, Perls, May, González y Maturana nos despejan el camino para la construcción de ese argumento necesario en la esperanza de encontrar humana y viable la convivencia. Esta teorización precedente permite desdibujar el marco utópico del anhelo de paz, tolerancia, de respeto por la diferencia, de no violencia.

Lo anterior nos lleva a expresar la convicción de que lo humano corresponde a un mundo construido en interacción social, cimentado en la amplitud de la capacidad comunicativa de los seres humanos y por consiguiente en permanente proceso de cocreación. Un mundo en el cual las personas hemos creado la cultura a través del lenguaje y la seguimos creando y recreando a partir del sentido y el significado que le damos a la vida, al amor, a la paz, a la muerte y a todos los fenómenos existenciales que constituyen la vida humana.

Partimos del supuesto de cocreación, de la flexibilidad de la cultura y de la dinámica humana que permite el cambio permanente, para afirmar que, si bien hemos generado condiciones adversas a la convivencia, también podemos resimbolizar los sentidos y significados que orientan la interacción entre los hombres y construir un mundo en el que la tolerancia y el respeto por la diferencia sean soporte de la expresión libre de la individualidad y base esencial del desarrollo humano.

Referencias

Lorenz, Konrad. El pretendido mal - La historia natural de la agresión. En: Fromm Erich. El amor a la vida. Ediciones Atalaya, Barcelona, 1993

Fromm, Erich. El amor a la vida. Ediciones Atalaya. Barcelona, 1993.

Clark, Kenneth B. El patetismo del poder. Fondo de Cultura Económica. México, 1986

Jantsch, E. The self-Organizing Universe. Pergamo Press, New York, 1988

González, L. J. Etica ecológica para América Latina. Edit. El Buho. Bogotá, 1993

Maturana, H, et. Alt. Violencia en sus distintos ámbitos de expresión. Edit. Dolmen. Santiago de Chile, 1995